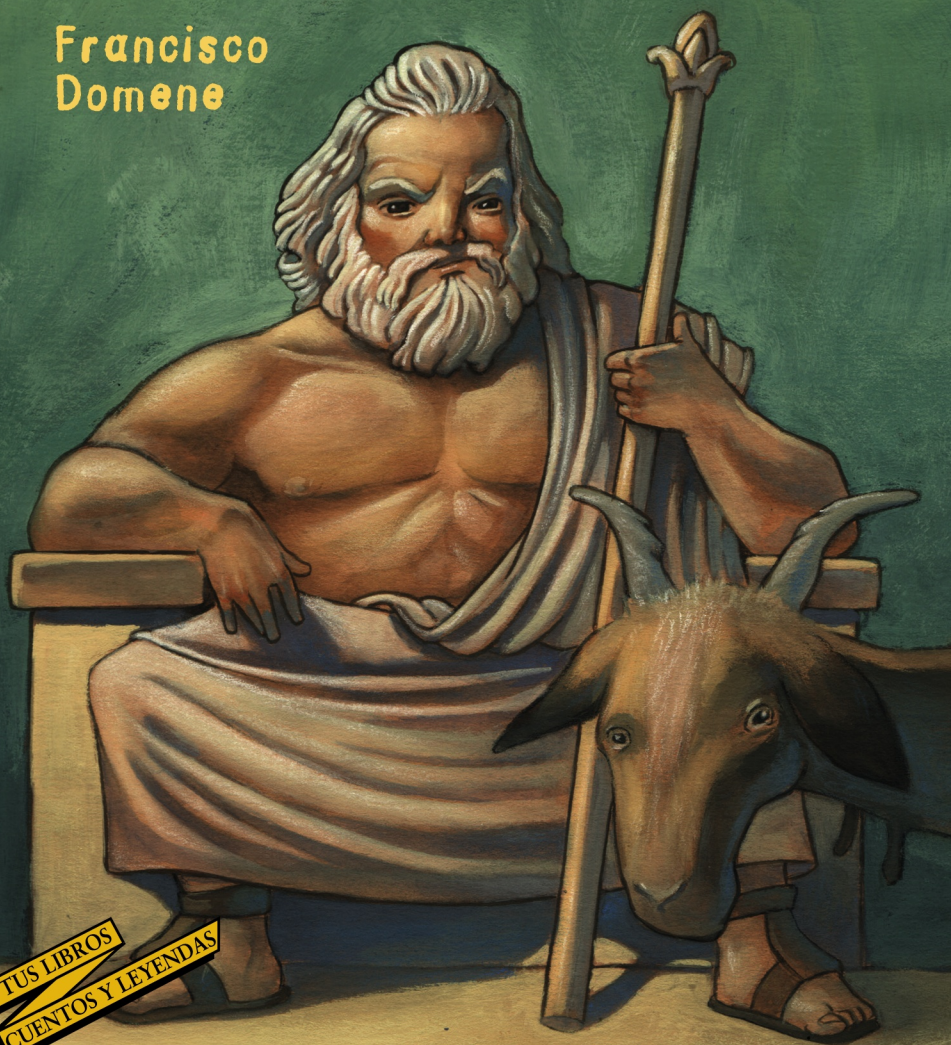


CUENTOS Y LEYENDAS DE LOS DIOS GRIEGOS

Francisco
Domene



TUS LIBROS

CUENTOS Y LEYENDAS

ANAYA

*Para Quito y Víctor,
que dan sentido a lo que carece de sentido.*

*Para Altea,
perla de un cofre enterrado en una isla sin nombre.*

*Para Laura y Jorge,
vientos gemelos
que bajaron desde el ventilador de un cielo estrellado.*

*Para Mar y Laia,
ninfas que pronto querrán no ser perfectas.*

*Para Marina,
que sabe leer el mar, la luna llena, los mensajitos de los ojos.
A ellos, dioses de mi Olimpo íntimo.*

PRIMERA PARTE:

...Y LOS DIOSES SE HICIERON DIOSES

Los tres errores de Crono

Érase que no era. Había una vez que no había nada; anterior al no, pero a la vez era el sí y el no. Por no haber, ni había tiempo: un reloj se habría vuelto loco porque no habría tenido nada que medir. Ni noche ni día, ni silencio ni ruido, ni abajo ni arriba, ni afuera ni adentro. Y a esto, fuese lo que no fuese, muchos miles de años después, los griegos le llamaron Caos¹, es decir, vacío que ocupa un vacío.

Sin embargo, la nada debía de ser todo; porque de aquella masa cruda, de aquel bulto sin vida, sin tiempo y sin forma surgió Gea, la Madre Tierra, la primera deidad que haya existido.

Al parecer, surgió por pura chiripa. Y también por división espontánea, a la manera en que se reproducen las amebas², emergieron Nix, Érebo, Éter y Hemera: la noche, la oscuridad, el aire puro y el día. Hay quien dice que también entonces apareció Eros, el deseo que trae la vida, pero Afrodita mantendría siempre una opinión muy distinta al respecto.

Ninguna de estas divinidades primitivas poseía una forma que nos resulte familiar y ni siquiera la tierra o el universo se parecían a la idea que nosotros tenemos de ellos; por eso es imprescindible echarle imaginación a este cuento.

¹ Algunos de los lugares y personajes que se mencionan en el texto aparecen en el «Glosario», al final del libro.

² Organismos microscópicos unicelulares que se reproducen por escisión.



El caso es que Gea debía de tener un espíritu maternal fuera de lo común y, además, se aburría con aquellos extraños parientes que le habían tocado en suerte. Lo cierto es que ninguno de ellos era como para irse de fiesta: Nix y Érebo andaban siempre con un semblante tenebroso, nada amable, eran fríos, indiferentes y antipáticos; y Éter y Hemera eran tan vanidosos, tan limpios y tan previsibles que a Gea le resultaban insoportables. Los cuatro se comportaban como enormes babosas³, lentos, pesados e indiferentes.

Un día la Madre Tierra le dijo a Érebo:

—¡Me encantaría que alguien me diese un masaje, tengo la espalda tensa!

La oscuridad la miró con sus ojos vacíos y dijo:

—¡Grrrgg!

Luego le preguntó lo mismo a Hemera a Éter y a Nix, y le respondieron de igual manera:

—¡Grrrgg!

A Gea le quedó claro desde ese momento, y para los restos, que todos eran poco habladores y que ninguno estaba por la labor de complacerla; y también que ella debía de ser la rara del grupo, puesto que no se conformaba con aquella existencia insulsa, vacía y ociosa.

Sin duda, la Madre Tierra necesitaba mayor actividad.

Así que por sus propios medios, por fisión o por mitosis⁴ o como fuera, se creó a sí misma un vientre muy profundo, al que llamó Tártaro, e hizo germinar de sus entrañas a dos hijos la mar de extraños: Ponto y Urano. El primero le salió un poco torpe, sin brío ninguno, temeroso, pusilánime⁵ y bastante pavo: era

³ Molusco terrestre de forma alargada, similar a un caracol; se arrastra mediante un pie carnoso y segrega una abundante baba pegajosa al desplazarse.

⁴ Por *fisión*, es decir, por escisión. La *mitosis* es el proceso de reproducción celular, que tiene por resultado la constitución de dos células hijas con el mismo número de cromosomas y la misma información genética que la célula madre.

⁵ Apocado, temeroso.



de agua salada y grande hasta decir basta, pero no tenía vida; y se quedó adormilado en la profundidad, bajo su madre, lo más pegadito a ella que pudo, justo por encima del Tártaro. Pero el segundo, Urano, saltó de Gea con una gran energía, tanto que apartó a codazos a las tinieblas, la noche y todo lo que se le puso por delante: era de cielo, enorme, tan grande o más que su madre, y nada más nacer se combó sobre ella como una cúpula gigantesca y la cubrió de estrellas.

Y, de momento, así quedó formado el universo que conocieron los griegos. Quienes lo vieron cuentan que la Madre Tierra era el centro, una especie de disco que flotaba sobre su hijo Ponto, y estaba cubierta por Urano, el cielo, una semiesfera transparente semejante a una quesera, donde se encontraban sujetas las estrellas. El agua salada también la rodeaba y entraba en su interior formando lo que mucho más tarde se conocería como mar Mediterráneo. Por debajo de Gea y del agua se encontraba el Tártaro, el Inframundo, un reino de oscuridad, el vientre más profundo de la tierra, que conectaba con la superficie a través de cavernas insondables y ríos subterráneos.

—¡Qué montes más bonitos tienes, Gea! —la galanteaba Urano, guiñándole sus astros—. ¡Y qué valles! ¡Qué arboledas! ¡Qué hermosa eres!

—¡Pero qué cosas me dices, niño! —se ruborizaba Gea.

A veces, Urano se ponía tierno y descendía amorosamente sobre ella. A la joven Madre Tierra le encantaba: por fin tenía a alguien con su misma naturaleza vitalista, con quien compartir existencia e ilusiones.

Así estuvieron algunos miles de años, aunque ninguno se dio cuenta de eso porque, como hemos dicho, aún no existía el tiempo. Fue un noviazgo entretenido: el dios del cielo era fogoso, apasionado y divertido; la hacía reír constantemente y Gea, desde



luego, se sentía feliz con su consorte. Se deseaban y se amaban y siempre estaban juntos, porque ninguno podía pasar sin el otro; y como no tenían otra cosa que hacer, ni en qué pensar, la Madre Tierra se puso a tener montones de hijos.

Los primeros fueron Briareo, Coto y Giges, tres gigantes con cien brazos y cincuenta cabezas cada uno, a los que su propio padre llamaba despectivamente centimanos, hecatónquiros o, sencillamente, cien-brazos.

—Pero ¿esto qué es? —se quejaba Urano—. ¿Qué clase de hijos me has dado?

Gea, un poco avergonzada, le contestaba con tono de disculpa:

—¡No sé qué ha ocurrido! Debe de ser la falta de práctica en hacer hijos con otro. Hasta ahora yo misma me las había apañado, pero ahora es distinto. Pero ¿a que son hermosos?

Hermosos sí eran, y grandes como trasatlánticos, pero tenían un aspecto espantoso: su fealdad estaba también multiplicada por cincuenta.

—¡Mira el lío que se hacen! —gritaba desesperado Urano.

La verdad es que tampoco habían salido muy listos, a pesar de tener tantas cabezas: se hacían unos nudos terribles con los cuellos y, cuando miraban, cada uno de los cien ojos se iba para un lado.

—¡Ten paciencia, querido, ya aprenderán; espera a que crezcan! —le animaba la maternal Gea.

—¡¿Más?! ¿Aún van a crecer más? ¡Quítalos de mi vista inmediatamente! ¡No quiero volver a verlos jamás! —le exigió el dios del cielo.

Y la Madre Tierra, por no escuchar más reproches, los ocultó en el Tártaro, la parte más profunda de su vientre y, durante un tiempo, se mantuvo distante y entristecida.

Sin embargo, Urano sí se sentía satisfecho con la rápida y eficaz respuesta de su esposa; por lo que pronto volvió a visitarla.



—¡Anda, querida, no estés triste! —le decía entre arrumacos—. ¡Olvídate de esos hijos tan destartalados! Verás como los próximos nos salen mejores.

De su nueva unión nacieron Brontes, Arges y Estéropes, los cíclopes; pero si con los primeros se habían pasado de largo, con estos se quedaron cortos. También eran gigantes, pero con dos brazos y una sola cabeza y, puestos a reducir, con un ojo solo en mitad de la frente.

A Urano le gustaron un poco más, pero no los soportaba: eran maleducados y tan inquietos que le ponían nervioso.

—¿¡Queréis dejar de hacer ruido!? ¡Aquí no hay quien descanse! ¡Gea, diles a tus hijos que se estén quietos de una maldita vez! —gritaba enojadísimo el dios del cielo.

Los cíclopes tenían un temperamento horrible, es cierto, y eran fuertes y poderosos; pero en cuanto nacieron se pusieron a mover las montañas de sitio, reorganizar los bosques y a construir todo tipo de cacharros.

—¡Estos son listos y creativos! —le replicaba Gea, temiendo que Urano le montase una de las suyas.

Sí, los chavales eran creativos, pero con ellos no había dios que pudiese echar una siesta: siempre estaban con su yunque y su martillo dale que dale inventando artefactos o cimentando ríos.

—¡Harto me tienen! —le dijo un día Urano a su esposa—. ¿Es que no sabes hacer hijos en condiciones? ¡Se acabó! ¡No aguanto más: ellos o yo! ¡Devuélvelos a tu vientre y que no salgan más de él!

La pobre Gea hizo lo que le exigía su marido: recogió a los cíclopes y los devolvió a sus profundidades, a la oscura mazmorra del Tártaro, junto a los hecatónquiros. Le obedeció una vez más, sin rechistar, pero ella también empezaba a hartarse de los caprichos y la rudeza del exigente dios del cielo estrellado y, sobre todo, de que rechazase y se burlase de sus hijos.



Enfadadísima con Urano, barajó otras posibilidades. Pensó incluso en buscar nuevo esposo y probó con Ponto y hasta con Éter. Con Ponto tuvo varios hijos e hijas horribles, espantosos monstruos acuáticos con cuerpo de ballena o cola de pez; y a Éter le dio una hija perezosa y holgazana y tan desagradable que, en cuanto nació, se escondió en una cueva y nunca volvió a salir de ella, salvo en contadas ocasiones.

Poco después, viendo que los resultados no habían sido mejores con otros amantes, Gea volvió a dejarse querer por Urano; y de tal reencuentro nacieron más hijos.

No se sabe si fue porque esta vez pusieron más esmero, o si fue solo porque la experiencia les había enseñado; pero el caso es que los nuevos infantes les salieron prácticamente perfectos, al menos desde un punto de vista humano, ya que nosotros, los mortales, seríamos hechos precisamente como curiosas miniaturas de esos hijos, como veremos más adelante.

Fueron doce en total, seis titanes y seis titánides, y eran sin duda mejor parecidos que todos los anteriores, guapetones incluso, lo mejor que habían hecho juntos; pero Urano seguía sin estar conforme con ninguno de ellos. Los miraba por un lado, les daba vuelta, los observaba por el otro:

—Este es enclenque, aquella me da mal rollo, ese de ahí me ha mirado mal...

Y unos por un motivo, los otros por otro, al instante de nacer o muy poco después los fue encerrando junto a sus hermanos mayores en las profundidades del Tártaro.

La Madre Tierra estaba desesperada. Paría, se los mostraba a su marido y se los volvía a guardar en su seno; así doce veces, un hijo tras otro.

Y el caprichoso Urano regresaba cada noche a buscarla en plan cariñoso, la piropeaba y adulaba de mil maneras, que para eso sí tenía maña el muy tarabana:



—¡Con lo bonita que tú eres, Gea! ¡Anda, cariño, tú no te angusties por nada!

—¡Quiero a mis hijos conmigo! —le reclamaba ella.

—Contigo están —le decía sonriéndole seductoramente—: en tu vientre los llevas a todos, ¿no?

—Ya sabes a lo que me refiero —le suplicaba ella descorazonada—: ¡los quiero fuera de mí, poder abrazarlos, conversar con ellos!

—Los próximos, quizá —le dijo él blandamente, acariciándola con todas sus estrellas.

—¿Cómo los próximos? —se alarmó la Madre Tierra.

—¡Los próximos, querida, nos van a quedar que ni pintados!

Fue entonces cuando Gea, harta de parir y no acertar con los gustos de su marido, decidió que era el momento de poner fin a sus relaciones, definitivamente.

Esperó a que Urano se durmiese y rescató del Tártaro a su hijo menor, el que le parecía el más decidido de todos los titanes.

—Crono, hijo mío —le dijo—: ¿a ti te gusta tu vida?

La pregunta se las traía.

—¡... Psssch! —hizo Crono—. No sabría qué decirte, madre. El sitio donde vivo no está mal; tal vez un poco oscuro.

—¿Y no te gustaría salir de una vez de él?

—¡Naturalmente! Pero creo que a papá no le gustamos.

—¿Harías lo que yo te pidiera?

—Bueno —dijo él no muy convencido—, ¿qué habría que hacer?

Gea le alargó una hoz de sílex⁶ y le dijo suavemente:

⁶ Piedra muy dura que al romperse forma bordes muy cortantes.



—Castrar a tu padre.

A Crono se le cayó la hoz de la mano: lo último que habría imaginado es que su madre fuera a hacerle tal proposición.

—¡Ostras, madre! —exclamó—. ¿Y no hay otra solución menos definitiva?

—No la hay —le aseguró Gea—. Es el único modo que se me ocurre para que Urano pierda su poder, para recuperar a todos mis hijos y para que deje de una vez de importunarme.

—¿Estás segura de lo que me estás pidiendo? —trataba de hacerla reflexionar Crono.

—¡Absolutamente! —le confirmó la Madre Tierra—. Y si lo consigues, tú serás el nuevo rey del universo.

La oferta no era mala; al contrario: abandonar el Tártaro y convertirse en el rey del universo a Crono le pareció una muy buena idea. Así que recogió la hoz y se fue en busca de su padre.

La escena debió de ser terrible.

Mientras dormía Urano, el obediente Crono se acercó a él, inflingiéndole un certero tajo. Y Crono, sin saber qué hacer con aquello que tenía en la mano, lo tiró al mar y observó cómo el mutilado miembro de su padre era arrastrado por las corrientes marinas. Sin embargo, cuando lo hizo, no pudo evitar que algunas gotas de sangre se derramasen sobre Gea. Y, fecundada prodigiosamente por aquellas gotas, al momento, la Madre Tierra engendró a las tres erinias, unas furias que nacieron con un humor de perros, a una docena de gigantes tan feos como los anteriores y a las meliades, unas ninfas bastante más complacientes que sus hermanas. Urano, como podemos imaginar, se quedó para el arrastre y nunca más volvió a meter las narices en los asuntos de la Tierra ni en los de sus hijos.

Gea estalló de felicidad: dejó salir a cíclopes, hecatónquiros y titanes de su profundo y oscuro vientre y por fin pudo verles a todos reunidos.



—¡Qué bellos sois todos, hijos míos! —les dijo—. Cada uno en vuestro estilo, ¡qué bellos sois!

Su amor de madre era incondicional.

Crono, el primer dios del Tiempo que existió, fue felicitado como un héroe por haber llevado a cabo la difícil misión de castrar y destronar a Urano y fue reconocido por todos como su nuevo soberano, y él, investido con tal autoridad, pronto se puso a organizar el imperio.

Fue un no parar. Lo primero que hizo fue elegir un lugar equidistante entre el reino celestial y su madre Gea para establecer la sede de su gobierno, y el escogido fue el monte Olimpo, puesto que reunía las mejores condiciones: hundía sus raíces en la tierra a la vez que su cima sobrepasaba las nubes y casi rozaba la bóveda del cielo.

Después distribuyó los ministerios entre sus hermanos, constituyendo así el primero de los Consejos que habría en el Olimpo: a Océano, el primogénito, le otorgó potestad sobre las aguas que circundaban la tierra, encomendándole que con ayuda de Tetis le diese vida a Ponto, el viejo y estéril mar nacido de Gea. A Crío le encargó que cuidase de los rebaños y las manadas de animales; a Temis la hizo administradora de las leyes divinas y la encargó de proteger el orden; a Hiperión lo responsabilizó de mantener el fuego de los astros...; y así a Ceo, Jápeto, Febe, Mnemósine y Tía, a cada cual según sus gustos y capacidades, les concedió sus futuros cometidos.

Así, a la manera de una empresa, comenzaría a funcionar el nuevo gobierno del mundo, basado en dos principios: por una parte, la responsabilidad compartida del Consejo en la dirección de las principales cuestiones que se planteasen y, por otra, el reconocimiento de la autoridad suprema de Crono en caso de que alguna vez no hubiese acuerdo en el Consejo.

En ese organigrama empresarial, de los doce titanes y titánides, el nuevo soberano y diez más ya esta-



ban, pues, colocados, cada uno con sus respectivos poderes y atribuciones. Pero a Rea, la menor de las titánides, Crono la dejó, a propósito, sin darle ninguna ocupación.

—¿Y a mí? —le preguntó la joven un tanto descorazonada.

—¡Ah! ¿Rea? —se hizo el olvidadizo Crono—. No había pensado en ti.

Rea se puso triste y comenzó a hacer pucheros como una niña.

—Yo también quiero un cargo, como mis hermanos y hermanas —le dijo entre sollozos—. Soy inteligente y trabajadora. ¡No es justo que me quede sin nada!

Crono meneó la cabeza, como si estuviese contrariado.

—Pues eso no va a ser posible —le dijo.

—Pero ¿por qué no? —le preguntó Rea.

Crono ahora le sonrió y le dijo:

—Porque tengo para ti otros planes.

La joven abrió mucho sus grandes ojos negros y le preguntó un poco turbada:

—¿Para mí? ¿Cuáles son esos planes?

—Quiero que seas la madre de mis hijos —le informó el nuevo rey con toda solemnidad—. Tú serás la esposa de Crono y reina de todos.

Su decisión era firme. Y Rea la aceptó sin pensárselo.

—¡Sí quiero! —dijo la joven titánide.

Al momento, la alegría estalló entre los presentes y todos felicitaron a la nueva pareja.

Las bodas se celebraron rápidamente, con un gran regocijo. Los novios iban descalzos y coronados de flores e hicieron sus juramentos sagrados delante de Gea, la felicísima madre de todos. El banquete tuvo dos partes: primero comieron hasta no poder más, como si todos sintiesen la necesidad de com-



pensarse a sí mismos por el tiempo que habían estado encerrados en el Tártaro sin poder disfrutar de nada; y, una vez saciados, bebieron néctar, leche e hidromiel⁷ sin medida durante semanas. Hubo regalos y juegos y todos cantaron y bailaron hasta no poder tenerse en pie.

Gea estaba tan eufórica que los bosques reverdecieron, los ríos se desbordaron y todos los pájaros del mundo se alzaron en vuelo como muestra de alegría. Y, como una consecuencia más de su regocijo, de las propias entrañas de la Madre Tierra nació la primera raza de mortales. Brotaron como calabacines. Eran réplicas de los poderosos titanes e, inmediatamente, poblaron los prados y los bosques. Como la tierra se sentía contenta, gozaban de primavera perpetua; y como los campos fructificaban sin necesidad de que los cultivasen, vivían sin preocupaciones, andaban desnudos, recolectaban frutas silvestres y miel, bebían leche de cabra y, al igual que los dioses, no envejecían. La muerte era un sueño largo y placentero del que, en determinadas circunstancias, algunos podían despertar. Eran tan dichosos que a aquel tiempo se le llamó la Edad de Oro. Y, desde el mismo momento en que fueron creados, se convirtieron en súbditos de Crono, al que obedecían y respetaban.

El reinado de Crono había comenzado, pues, con todas las bendiciones. Todos creyeron entonces que duraría para siempre. Sin embargo, el nuevo soberano tomaría poco después algunas decisiones que echarían por tierra tales previsiones.

Es cierto que había organizado su reino de manera generosa: lejos de convertirse en un tirano, había distribuido el poder entre sus hermanos y hermanas y parecía un rey justo; pero se había olvidado de los cíclopes y los cien-brazos. Y, como no les había teni-

⁷ El néctar (licor) y el hidromiel (bebida compuesta de agua y miel) eran según la mitología grecolatina las bebidas de los dioses.



do en cuenta en el reparto y se consideraban con idénticos derechos que los titanes, todos ellos se sintieron discriminados.

Este había sido el primer gran error de Crono, aunque no el más importante.

Como es lógico, y puesto que ellos también eran hijos legítimos de Gea y Urano, pronto los cíclopes comenzaron a quejarse y a amenazar incluso con tomar por la fuerza el trono de Crono.

—¡O esta tremenda injusticia se corrige de inmediato o adoptaremos medidas terribles! —gritaban los tres cíclopes al unísono, tratando de presionar al rey.

Por su parte, los hecatónquiros no se quejaban, pero la expresión de sus trescientas caras dejaba claro que tampoco a ellos les había gustado la distribución y que, si se diera el caso, se unirían a los cíclopes para derrocar al olvidadizo dios del tiempo.

Ante esta situación Crono cometió su segundo error y, seguramente, este fue aún peor que el anterior: en vez de mostrarse conciliador y generoso, en vez de atender las demandas de sus gigantescos hermanos, lo que hizo fue devolverlos al Tártaro y, una vez encerrados en las entrañas de la tierra, colocó a Campe, un monstruo terrible y poderoso, como carcelera para que ni la propia tierra pudiese nunca liberarles.

Esto, naturalmente, a Gea no le gustó nada. Su felicidad acabó justo en ese instante. Entonces fue cuando la Madre Tierra, irradísima con el desaprensivo Crono, se plantó ante él y le habló:

—¡Me equivoqué al elegirte! Eres un rey injusto, un hijo desagradecido y un hermano desalmado. Por tu crueldad, Crono, yo te maldigo: pronto te nacerá un hijo que te destrone como tú has destronado a tu padre; y, lo mismo que tú has encerrado en el Tártaro a tus hermanos mayores, tú serás también encerrado en él para siempre.



El tono que empleó Gea hubiera asustado a cualquiera, pero Crono continuó con sus ocupaciones, como si no diese la menor importancia a lo que había escuchado. Y la verdad es que trataba de gobernar prudentemente: aunque actuaba como un súper dios, permitía que, bajo su autoridad general, como hemos dicho, cada uno de los titanes administrase sus dominios a su manera, sin más injerencias del rey que las estrictamente necesarias. Todos estaban satisfechos: se respetaban, se ayudaban y se divertían juntos.

Y así, con esta aparente normalidad, transcurrió algún tiempo.

Pero cuando Rea tuvo a su primera hija, Crono demostró que sí había tomado buena nota de lo que le dijo Gea y, desde luego, que le había preocupado mucho.

—Querido Crono —le anunció la ilusionada Rea, su esposa, ofreciéndole la recién nacida—: te presento a Hestia, nuestra primera hija: ¡bendícela! Y pídanos a Gea que después de ella nuestro reino se vea honrado por más hijos.

—¡Trae a ver! —dijo él, cogiendo a Hestia en los brazos.

Observó a la bebé: tenía una carita redonda y sonrojada, los ojos entreabiertos y las manitas cerradas sobre el pecho. Se la veía preciosa. A su vez, Rea miraba amorosamente a su marido, esperando que le hablase, que la felicitase o que la abrazase agradecido por haberle hecho padre.

Nada de eso sucedió. Por el contrario, ante la mirada aterrorizada de Rea, Crono abrió la boca y se tragó a la niña sin masticarla siquiera.

—¡Pero qué haces! —trató de impedirselo Rea.

Pero ya era tarde: Hestia había desaparecido, con pañales y todo. Crono se relamió, eructó y le dijo:

—No quiero hijos. ¡Ni uno más!

—Cuando nos casamos sí querías —le recordó Rea.





—¡Pero ya no! ¡Y no se hable más del asunto!

Era evidente que ser destronado por uno de sus propios descendientes no entraba en sus planes de momento, ni mucho menos; y que, para evitar que la maldición de Gea se cumpliera, no se le había ocurrido otra cosa que comerse a los niños en cuanto naciesen.

Así, después de Hestia, sucesivamente, conforme Rea los daba a luz, él los hacía desaparecer; y bocado a bocado, eructo tras eructo, se fue tragando a Deméter, Hera, Hades y Posidón. También el zampón Crono consideraba que eso no resultaba elegante, pero de ese modo creía asegurarse la permanencia en el trono del universo.

Alguien pensará que podría haberles enviado al Tártaro, como Urano había hecho anteriormente con el dios del tiempo y sus hermanos; pero nadie mejor que Crono sabía que el Tártaro no era más seguro que su propia barriga.

Sin embargo, se equivocaba: este fue su tercer y último error.